

Las últimas décadas del siglo XVI y primeras de la siguiente centuria representaron para la ciudad de Antequera (Málaga) uno de sus momentos de mayor esplendor artístico y literario, gracias a la eclosión y desarrollo de un grupo considerable de personalidades en estos dos campos. De entre todas ellas no cabe la menor duda que destacó con luz propia Antonio Mohedano de la Gutierrez (ca. 1563-1626), artista culto y refinado que la crítica encuadra entre los "manieristas reformados" y que practicó las diferentes artes, sobresaliendo como pintor - de caballete, fresquista, policromador de imágenes y estofador-, diseñador de retablos y de programas arquitectónicos decorativos e incluso hizo sus incursiones como poeta.

Su vida transcurrió en constantes viajes entre Antequera, Córdoba y Sevilla, contemplándose la posibilidad de que llegara a realizar uno a Italia, lo que nos ayudaría a comprender algunos aspectos de su obra. Su formación inicial con Pablo de Céspedes en Córdoba lo ligaría a esta ciudad casi de por vida, si bien debió de tener mayor influencia en su producción sus largas estancias en Sevilla, donde fue íntimo de Pacheco y realizó numerosos trabajos.

Es todavía un misterio sin resolver el encuadre cronológico de la mayor parte de su obra. Sin embargo, los dos lienzos que nos ocupan en esta publicación (La Virgen Anunciada y San Gabriel, de la Iglesia del Carmen de Antequera) debieron realizarse en torno a 1614, año en el que se fecha la gran armadura mudéjar de la nave del templo y que tenía que estar terminada para poder colocar ambas pinturas, que se encajan en las albanegas del arco toral que da paso a la capilla mayor.

Precisamente esta ubicación, en la que han permanecido los lienzos durante casi cuatro siglos, ha sido la causa del lamentable estado de deterioro que presentaban. Tal como queda reflejado en los estudios que ahora ven la luz, el proceso de restauración-recuperación en el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico ha sido de una extremada complejidad, consiguiéndose unos resultados espectaculares a la finalización del trabajo.

De hecho, el carácter de monumentalidad de ambas figuras y la riqueza del colorido en el caso del San Gabriel adquirirán toda su plena dimensión cuando ambas piezas vuelvan a ser colocadas en el lugar para el que fueron concebidas.

Finalmente, no puedo dejar de destacar, dentro del equipo multidisciplinar que ha colaborado en el proyecto, a las restauradoras María del Mar González González y Concepción Moreno Galindo, quienes con paciencia casi oriental y demostrada profesionalidad han llevado acabo un trabajo por el que todos debemos felicitarnos.